

Notas

Francis Jammes

Se borró del pacífico villorrio pirenaico, la figura patriarcal de uno que — por su físico y sus hábitos — nadie lo individualizaría: son tantos los paisanos bearneses de barbas como flores de almendro, de boina oscura y motosa, robustos y fuertes, que van diariamente a la misa de la capilla recoleta y que llevan una lenta y juiciosa vida de padres de familia.

Francis Jammes es completamente igual a sus vecinos. Pero con una salvedad: en su corazón — no en su cerebro — alimenta tiernamente con leña vegetal y óleos familiares, una pequeña hoguera poética divulgada a través de sus cantos exquisitos.

Si se asemeja a todos los campesinos de Orthez, en su vida simple y bucólica, cómo difiere de la de sus colegas parisinos. A los cabarets de Montparnasse, a los cenáculos y academias, a los «viernes literarios», a la bohemia y al absinthio, a la vida mundana y galante, prefiere la emoción de la naturaleza cuyo idioma ha logrado descifrar íntegramente, y que practica en largos e intensos diálogos con el prado florido, con la colmena de abejas, con el pequeño injerto del peral, con el perro amigo, con las segadoras, con los cansinos asnos...

Pero no solamente en sus costumbres es distinto de los otros poetas. También los románticos cantaron la naturaleza, pero en sus aspectos agresivos: el monte virgen, el torrente frenético, la bestia indomable. La naturaleza de Jammes es dulce y pacífica.

Llegó a la vida literaria entre el clamor de la trompetería parnasiana. El, sólo posee una flauta de tallo de avena. (Hasta descuida su cesura y su rima huyendo del paso metálico de Leconte. Un lego en cuestiones de métrica moderna no encontraría en sus poemas más que una prosa rítmica). Mientras Heredia, Gautier y Bainville burilan mármoles de Carrara y logran relieves a bronce de Siracusa, él modela figuras de arcilla con limo de su huerto.

Y tampoco es simbolista integral, por más que ellos quieran ahora reivindicarlo. Nunca explota esos motivos simbólicos de esfinges y cábalas, ni camina en busca de lo mágico, lo fantástico, lo misterioso. «Los pequeños asnos de Francis Jammes dieron reposo a los unicornios del Simbolismo», dice André Billy. Se expresa tan sencillamente que hasta podría decirse que con sencillez afectada. Si escuchó los preceptos del Maestro Verlaine al torcerle el cuello a la elocuencia y en dominar la rima, lo desoyó en aquel mandamiento de «la musique avant toute chose», porque son poco musicales esos lentos alejandrinos pareados que, sin embargo, se acoplan prodigiosamente a su llana inspiración — y tampoco veló sus criaturas poéticas como pedía Lelian.

Jammes — a pesar de sus visibles dilecciones poéticas — no puede clasificarse en ninguna escuela. Al margen de las casillas literarias su estampa se yergue sola, sin maestros ni discípulos.

Su poesía rústica tampoco es calco de los primitivos poemas bucólicos de pastores eruditos y conceptuosos. «Qué lejos está — exclama Andrenio — esta poesía de

las églogas pastoriles de antaño, no sólo de las bucólicas virgilianas, sino de su atildada y amanerada descendencia en las poesías modernas! Cuán distante también, a pesar de su espontaneidad, no reñida con un sentimiento de distinción estética, de esa poesía rústica que recuerda el habla grosera de gañanes y pastores, buscando lo castizo en sus deformaciones!»

Un suceso de orden espiritual, su conversión, dió un nuevo tono a su lírica. Por su libro «Clairieres dans le Ciel» (1906) se sabe que la visión panteísta de la naturaleza ha sido suplantada por una visión franciscana. Pero su estética no cambia, a no ser en la adquisición de más amplias perspectivas: esas bellas cosas que admira lo transportan a la divinidad. Tal lo asevera Francois Mauriac: «Ha cantado con tanta pasión las cosas creadas a fin de eternizarlas en Dios».

El prefacio de su precioso libro «De l'Angélus de l'Aube a l'Angélus du Soir» reza: «Dios mío, me habéis llamado entre los hombres, héme aquí. Sufro y amo. Hablé con la voz que me habéis dado. Escribí con palabras que enseñásteis a mi madre y a mi padre, y que ellos me transmitieron. Paso por el camino como el asno cargado que mueve a risa a los niños y que agacha la cabeza. Me iré a donde queráis, cuando queráis. El Angelus suena. Francis Jammes».

Este candor cristiano que agrega a su ingenuidad de suave paganismo, ha dado pie para que André Billy denominara «angelismo» su manera poética. «Francis Jammes es el anti-Baudelaire. Frente al satanismo de éste levanta su *angelismo*. Jammes es el candor, es la inocencia, es el apego al suelo natal, son las virtudes burguesas y familiares, es la adoración a Dios, y el amor a todas las criaturas...».

Otro manantial de inspiración, distinto de la naturaleza, y que algunos (Andrenio, por ejemplo) tienen en mayor valor aún, son las notas de carácter doméstico: la casona familiar, plagada de recuerdos del abuelo indiano que vivió en las Antillas, de ancho patio de paredes musgosas; ingenuas colegialas de pensionados de provincia, bordadoras de lino y lectoras de magazines; comedor casero, muebles antiguos, tapias coronadas de yedras, vetusto libro de estampas...

*O! Jammes, ta maison ressemble á ton visage;
une barbe de lierre y grimpe, enfin l'ombrage
éternellement jeune et dru comme ton coeur
malgré le vent et les hivers et la douleur.
Le mur bas de ta cour est doré par la mousse,
la maison n'a qu'un humble étage, l'herbe pousse
dans le jardin, autour du puts et du laurier...*

Fuera de las obras mentadas, «Clairieres dans le Ciel» y «De l'Angélus de l'Aube á l'Angélus du soir» — traducido este último al castellano por E. Díez Canedo con el título «Del toque del alba al toque de oración» — pertenecen a su catálogo: «Les Géorgiques chrétiennes», su obra maestra, en donde se encuentran algunas de las más bellas páginas religiosas de la poesía francesa; «Le brévis égarée», drama de un intenso y sublime caso de generosidad cristiana; «Le rosaire au soleil», novela desarrollada novedosamente — una vida cortada en misterios gozosos, dolorosos y gloriosos—; «Pomme d'anis», novela de una niña enferma; «Clara d'Ellebeuse»; «Almaide d'Étremont» o historia de una joven pensionada; «Le Curé d'Ozeron», «La divine douleur», «Pensée des Jardins», «Le poete rustique», «Sources», etc.

Lo más extraordinario en la poética de Jammes es su universalidad. Lograr pintar en esos cromos de Hasparren no solamente tipos y cosas de su provincia, sino de todo el mundo. Para Alfredo Maillefert, la mejicana ciudad de Morelia, es exac-

tamente igual a las villas retratadas en los libros de Jammes. Francisco L. Bernardez dice: «era demasiado artista para dejarse encantar por las sirenas del costumbrismo y demasiado hombre para no sorprender el color (y el calor) del mundo»; y después de confrontar los pastores, los abades de pueblo, los notarios de paraguas, los paralíticos mendigos, las señoritas burguesas y los gañanes del país de Jammes con los del país gallego, encuentra que «el drama entero del pequeño mundo campesino (con su felicidad y su melancolía, con su miseria y su gloria, con su buen sol y su mal diputado), cabía en aquellos versos agrios y fuertes como el queso de la montaña». Y sobre el mismo tema de su paradójica universalidad escribe Ariel Maudel: «No debemos, pues, pensar que si es limitado el marco en que vive, también lo es el significado de su poesía. Viviendo su vida entera en el mismo lugar, en medio de los mismos hombres, meditando sobre los mismos problemas, que son los que siempre preocupan a los poetas y a los pensadores, Francis Jammes logra una suerte de universalidad mucho más auténtica que la de un Loti, que paseó su temor a la muerte a través de todos los paisajes del globo».

Como del falso costumbrismo, su genio lo libró del defecto de la puerilidad y la sosería. Ese estilo sencillo de conversación familiar tan ajeno al énfasis oratorio en boga y a esas gimnasias y contorsiones verbales de los poetas modernos, produjo una inmediata repulsión en los lectores que, sin embargo, lentamente, fueron tomándole cariño. Y tanto que — para acostumbrarlo — hicieron todos los paralelos literarios posibles: con Virgilio, con Teócrito, con La Fontaine, con Rutebeuf, con Mistral. . . .

Baltasar Uribe Isaza.

El Inca Garcilaso (1639-1939)

Con el genuino entusiasmo de los pueblos que vuelven sobre su pasado y en él hallan símbolos de supervivencia histórica, la república peruana acaba de conmemorar el cuarto centenario del nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega, par de los mejores cronistas venidos en las naves conquistadoras, y uno de los altos valores, si se quiere, del gran renacimiento de la lengua española.

Descendiente del capitán Garcilaso, y emparentado con linajudas familias castellanas célebres en la guerra de los moros y en los romanceros, no lo fue menos por la línea materna, directa representante del emperador Tupac Yupanqui y una de las más nobles figuras de la corte de Atahualpa.

Crecido y ya mozueto fuese al solar paterno a reclamar hijuelas ya olvidadas; desembarcó en el mediodía, y en Córdoba, en la clara ciudad de los cisnes y los olivares espesos, medrosos cómplices de las guardias civiles, como afirmaran en su tránsito García Lorca, estableció sus lares hasta que requerido por la voluntad imperial ciñó los arcos de las armas para combatir la morisma y alcanzar títulos como su parentela en las inmediaciones de Granada, cuando con puñales de plata, el mayor de todos, clavó la jaculatoria, emblema bélico de sus empresas.

Pluma y espada entrelazadas nuevamente, como era de usanza; como vemos en el panorama de su siglo a todos sus contemporáneos:

*Puis entre des soldats, des pretres en étoc,
dans les flots d'un cortage écarlate de rios,
il les menait cueillir la palme au Capitole,
salués des drapeaux, des aigles et des croix.*

* * *

Y vino la vejez plácida, y con ella, como más tarde hicieron Lope y Calderón de la Barca, la reconciliación con Dios y la toma de hábitos. La agonía del cristianismo, su muerte y su resurrección en cada momento de su vida íntima.

De entonces, y fruto del ambiente platonizante de la época, su versión del tratado «Dialoghi d'amore», del judío Abranel, en donde se plantea y desarrolla la idea de la unidad del amor de Dios y del mundo como universal principio filosófico, teoría que no sin razón ha sido considerada como la más amplia exposición de una estética idealista ante hegeliana.

Luégo escribió los «Comentarios Reales», en dos partes, y el vibrante relato de la conquista de La Florida, pintoresco como una novela, circunstanciado e imaginativo como obra de historiador clásico, y preámbulo admirable, como dice Luis Alberto Sánchez, para su obra fundamental, la de sus nostalgias peruanas y rencores paternos.

* * *

Con mucha exactitud han denominado los críticos al Inca Garcilaso «novelista de gran relieve y narrador veracísimo», si se tienen en cuenta los relatos que sobre la historia de América abundaban en aquellas décadas, en los diversos lugares conquistados.

Entre nosotros, por ejemplo, Jiménez de Quesada y Juan de Castellanos daban pábulo a las creencias vulgares en perjuicio de sus obras; sólo uno, escritor del siglo XVII, Lucas Fernández de Piedrahita, como Garcilaso directo descendiente de emperadores aborígenes, daba la pauta que culminó en las historias de nuestros próceres.

El Padre Fernández de Piedrahita, letrado humanista, señor de cánones y principios austeros, perteneció a la raza de Huayna Capac por su madre y a rancia estirpe peninsular por el lado paterno. Su obra máxima, rica de sabores indígenas, lo colocan, como dijo acertadamente Cejador, entre los mayores historiógrafos de América. Como el Inca, residió también, aunque pocos lustros, en España; y consideró su raza como digno parangón de la nobleza latina.

* * *

Vivió el Inca Garcilaso en la Córdoba renacentista, en donde todo es «frontera», según el sentido que le da a esta voz Ricardo Rojas. En la mezquita ejercía su curato don Luis de Góngora y Argote, quien alternaba sus días, como consta en claros códices, en componer sus «Soledades» y en asistir a los toros, alto pregón de la tragedia española.

Anciano, achacoso, próximo a morir, manumite a sus esclavas y endereza sus pasos a la celeste norma, y él mismo, con fruición inequívica, traza el escudo que ha de proteger su tumba en la mezquita de Córdoba, ronca todavía por la voz de los almuédanos: el escudo de los Garcilasos de la Vega, entrelazado con la diadema, el sol y el manojo de serpientes del imperio de Yupanquí.

* * *

Años más tarde, cuando la monarquía peninsular, liberal y decadente, dejó el palacio de El Escorial por la frivolidad de Aranjuez, infiel y versallesca, los «Comentarios Reales» levantaban las marejadas de Tupac Amaru y los Comuneros de Colombia. Era ya lo inevitable. La independencia política...

¡Cómo no supo esa monarquía decrepita, como lo había hecho el Inca Garcilaso de manera admirable, unir los destinos imperiales en el antiguo símbolo de las Flechas y el Yugo, emblema inmortal de los Reyes Católicos!

Jorge Luis Arango.

Nuestros colaboradores del exterior

Desde el próximo número de la revista reanudaremos la publicación de las informaciones bio-bibliográficas de los escritores del exterior que vienen distinguiendo estas páginas con sus colaboraciones, tal como lo hicimos en el número 7 con respecto a Eugenio Pucciarelli y Augusto Malaret. Nuestras dos últimas ediciones han sido honradas con los meritorios trabajos de Alberto Rouges, filósofo y escritor argentino, catedrático en la Universidad Nacional de Tucumán, y José Jiménez Borja, literato y crítico peruano, quien visitó a Colombia en el año pasado en misión intelectual de su país durante las festividades centenarias de nuestra ciudad capital. En el próximo número daremos la mencionada información acerca de estos dos eminentes colaboradores de «UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA».

Las colaboraciones directas que últimamente nos han llegado del exterior nos permiten anunciar excelentes volúmenes de la revista. Estudios del P. R. Saboia de Medeiros (Brasil), Risieri Frondozi, Rafael Moyano Crespo, Adolfo Korn Villafañe, Enrique de Gandía, etc. (Argentina), Lewis Hanke (Harvard University), Werner Beinhauer (Universidad de Colonia), Francisco Vito (Universidad Católica de Milán), Raúl d'Eca (Universidad de Washington), Francisco Aguilera (Unión Panamericana), R. C. Smith (University of Illinois), R. S. Boggs (Univ. of North Carolina), Walter Spalding (Brasil), y de otros grandes escritores de prestigio continental honrarán las futuras entregas de esta revista.



El contrato colectivo de trabajo en Colombia

El estudio que publicamos en este número de la revista sobre el Contrato colectivo de trabajo en Colombia, nos fue entregado por su autor, el doctor José López Henao, eminente colaborador de estas páginas, en fecha inmediata a la mera enunciación del proyecto que el gobierno nacional presentaría a las Cámaras legislativas en el presente año. La revista aspiraba así a dar su contribución al debate que apenas se iniciaba, y por esto solicitó la primicia en la publicación de este trabajo, que había sido leído por su autor en la Hora Católica de Medellín, el 21 de mayo. Hoy aparece impreso con un retraso lamentable, pues el tema ha adquirido una vigencia más actual al conocerse el texto del proyecto y la exposición de motivos con que el ejecutivo nacional lo sustenta ante el Congreso de la República. Pedimos excusas a nuestros lectores por el viso de inactualidad que pueda tener esta publicación, lo cual ha sido motivado en forma exclusiva por incumplimiento de la empresa editora, que se vió forzada a suspender la impresión de la revista cuando ya los primeros cuadernillos habían salido de los moldes. Por lo demás, el doctor López Henao, nos ha prometido para próximas entregas, la elaboración de un estudio a fondo sobre el texto en mención, en el cual ya se podrá puntualizar con precisión el contenido y el aspecto fundamental que tal reforma implica en el derecho social colombiano.



El índice del volumen III se repartirá con la próxima edición de la revista.